

SOCIALISMO Y UTOPIA

**Margarita Belandria
y Andrés Suzzarini***

Resumen

Este ensayo trata de la relación entre socialismo y utopía, referida especialmente a la proyección en el tiempo de las ideas utópicas del Renacimiento en las nuevas doctrinas propuestas por Saint-Simon, Fourier y Owen, incluida también la doctrina marxista, la cual fue presentada por sus autores como de carácter científico en contraposición a las de sus predecesores, calificadas despectivamente como ‘socialismo utópico’.

Palabras clave: utopía, socialismo, socialismo utópico, socialismo científico.

SOCIALISM AND UTOPIA

Abstract

This essay explores the relationship between socialism and utopia. It is especially referred to the projection of the Renaissance’s utopian ideas on the times, as they were developed in their new doctrines by Saint-Simon, Fourier and Owen - and also includes the Marxist doctrine, which was presented by its authors as a scientific theory and as opposed to those of their predecessors, which they were dismissively ranked as ‘utopian socialism.’ (Traducción de Gladys Portuondo).

Key Words: Utopia. Socialism. Utopic Socialism. Scientific Socialism.

1. El concepto de utopía

El concepto de utopía se forma a principios del siglo XVI con la obra de Tomás Moro titulada *De optimo republicae statu deque nova insula Utopia*,

* **Andrés Suzzarini B.** Profesor Titular. Maestría de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.

Margarita Belandria. Profesora Titular. Maestría de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. C.E: belan@ula.ve

Este trabajo forma parte de una investigación financiada por el Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico de la Universidad de los Andes (CDCHT-ULA). Código: D-313-06-06-AA.

publicada en 1516 y conocida desde entonces con el solo nombre de Utopía. La palabra misma, utopía, creación del autor por derivación del griego οὐ (no)-τόπος (lugar), significaría lo que no se encuentra en ningún lugar¹. Posteriormente ha sido aplicado el nombre de utopía a otras tentativas análogas, consideradas siempre como de difícil o imposible realización, incluyendo también las anteriores, como la planteada en la República de Platón que vendría a ser la precursora e inspiradora de todas las utopías conocidas en la actualidad.

La calificación de un proyecto social como utópico implica su mayor o menor semejanza con el concepto acuñado por Moro, y ha de contener los caracteres que definieron el concepto original. La *Utopía* de Moro es no solamente una construcción literaria, sino también una crítica de la sociedad de su tiempo². En esta obra describe Moro una sociedad donde estarían superadas las causas de sus propios males, siendo dichas causas la ausencia de racionalidad en el gobierno y el reparto injusto de los bienes producidos precisamente por quienes menos disfrutaban de ellos. Posteriormente, en 1623, es publicada *La Ciudad del Sol*, de Tomás Campanella, una nueva fantasía utópica que sigue el mismo patrón de la *Utopía* de Moro, esto es, una ciudad imaginaria donde gracias a una sabia administración de la sociedad han desaparecido los males sociales como consecuencia de la supresión de sus causas. Más tarde, en 1626, aparece *La Nueva Atlántida*, una utopía científica escrita por el filósofo inglés Francis Bacon. En esta obra inconclusa se refiere Bacon a los aspectos de la organización de la ciencia, la investigación que se realizaría en ella y la profecía de nuevos inventos³.

Más que construcciones puramente literarias estas utopías del Renacimiento constituyen una crítica a la sociedad de su tiempo. Los vicios, los crímenes, la explotación económica de unos hombres por otros no son consecuencia obligada de la naturaleza humana, sino más bien una arbitraria y accidental violación de esa naturaleza. Que el hombre en la Tierra puede ser feliz gracias a una sabia disposición de la organización social, que es el primer

¹ Cf. Suzzarini, Andrés, Una aproximación al concepto de utopía, Revista Dikaiosyne N° 24.

² Desde la misma época en que aparece la Utopía ya Erasmo y otros humanistas del entorno de Moro saben que éste escribió su obra como una crítica a la sociedad del momento. Un año después de la ejecución de Moro, el 28 de septiembre de 1637, Don Francisco de Quevedo Villegas escribe: «Yo me persuado de que [Moro] fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo isla su idea, y juntamente reprehendió los desórdenes de las más Príncipes de su edad». Cf. Prólogo a la Utopía de Thomas More. Traducción de Ramón Esquerra. Editorial Apolo, Barcelona, 1948.

³ Suzzarini. *Ibidem*.

fundamento de la condición humana. Toda utopía supone así una primacía de lo colectivo sobre lo individual, supone que el individuo es feliz solamente en el marco de una posible felicidad colectiva.

El carácter más definitorio y principal de una utopía es la necesidad de ofrecer un modelo alternativo de sociedad frente a otra que se sostiene sobre males sociales existentes. Por ello las preguntas fundamentales de la utopía vienen a ser cuál es el origen de los males sociales y cuál o cuáles son los remedios para ellos. Estos males sociales, la pobreza, el delito, entre otro largo catálogo de males, tienen a su vez un mal como fundamento: la desigualdad entre los hombres, desigualdad que hace que existan muchas personas sumamente pobres frente a un reducido número de personas extremadamente ricas. De allí que la conducción de la sociedad que proponen las utopías debe recaer en una persona o grupo social especialmente preparado para el ejercicio del gobierno. Al frente debe encontrarse un gobernante sabio, preparado moral y científicamente⁴.

2. Las utopías del Renacimiento

El período histórico conocido como *Renacimiento* expresa una nueva fe en las posibilidades del hombre y una nueva visión de sus relaciones con la divinidad, que se manifiestan como un retorno a los valores redescubiertos de la antigüedad clásica. Ese redescubrimiento llevará a una revaloración del pensamiento y de la literatura y las artes plásticas de la antigüedad. En el pensamiento griego clásico se encuentra la fuente de un nuevo racionalismo, de una nueva confianza en las posibilidades de la razón humana que habían sido colocadas en un segundo lugar por las concepciones escolásticas de la llamada Edad Media. De allí que la frecuente crítica a la *Utopía*, referida a la ausencia de fundamentación científica, carezca de sentido: la *Utopía* fue tan científica como podía serlo según la ciencia de su época. Tal es la constatación de Eugenio Imaz en su obra *Topía y Utopía*, estudio introductorio al libro *Utopías del Renacimiento*, donde se contienen las utopías de Moro, Campanella y Bacon.

En la *Utopía* de Tomás Moro se describe una ciudad imaginaria regida de la manera más sabiamente posible, donde sus habitantes, voluntariamente obedientes a las leyes, vivirían en perfecta armonía y felicidad. El antecedente de este diseño social se halla en la filosofía de Platón, donde encontrará Moro no sólo la inspiración y el instrumento racional, sino el ejemplo y modelo de una sociedad planificada desde sus cimientos por un principio de racionalidad,

⁴ Ibidem.

si bien en la obra de Platón no aparece la eliminación de la propiedad privada como un requisito necesario para la construcción de la ciudad perfecta. La eliminación de la propiedad privada constituye una novedad dentro de la obra de Moro, por lo cual puede vérselo como el precursor de muchas teorías socialistas más recientes. El papel determinante de la filosofía y de la ciencia en la planificación social hace destacar precisamente el momento histórico en que aparece la obra. Allí la ciencia —la sabiduría—, por un manejo de la administración política y las técnicas productivas de alimentos y demás bienes y de los instrumentos necesarios para ello, así como por la aplicación de medidas higiénicas pertinentes, habría logrado desterrar la pobreza y la riqueza particulares y las enfermedades corporales y morales atribuibles a ellas. El reparto de los bienes, todos de propiedad colectiva, se haría de acuerdo a las necesidades de cada quien. Pese a ello, la ciudad descrita no sería una sociedad rigurosamente igualitaria, pues se cimentaría en una organización estratificada y jerarquizada según los méritos y las obligaciones respectivas de sus miembros. Los méritos, por su parte, se encontrarían en un orden jerárquico donde el lugar superior lo ocuparía la *sabiduría*.

Aunque la obra de Moro es sin ninguna duda una obra de ficción, ella contiene una tesis positiva acerca de la manera como se deben organizar los asuntos humanos. Esta tesis positiva inspiró a autores posteriores para que en su momento, en condiciones sociales e históricas distintas, escribieran, también en forma de narración fantástica unos, otros en forma de tratado doctrinario, distintas proposiciones de transformación de la sociedad. Estas nuevas proposiciones, que muestran claramente su vinculación espiritual con la obra de Moro, pretenden también eliminar de raíz los males sociales y remediar las injusticias.

Después de la *Utopía* de Moro, ciento siete años más tarde, Tomasso Campanella publica su obra *La Imaginaria Ciudad del Sol*. Al igual que Moro, Campanella expone en esta obra su visión de una sociedad organizada de acuerdo con criterios racionales para resolver los males que acometen a las sociedades desarrolladas sin ninguna planificación, las cuales viven una situación de desigualdad y consecuentemente de infelicidad. Pero mientras la obra de Moro se ubica en los inicios del Renacimiento donde la visión humanística característica está más vinculada al redescubrimiento del pensamiento antiguo y la ciencia, no sobrepasa todavía en mucho a los conocimientos filosóficos elaborados anteriormente, ya, en cambio, en la obra de Campanella se observan los avances del nuevo pensamiento científico impulsado por Copérnico y Galileo. Se nota entonces en la obra de Campanella un mayor acento en la

planificación científica de la sociedad y en hacer depender de una educación igualmente científica la vida cotidiana de su Ciudad del Sol, pero en ningún modo reñida con la religión cristiana, a la cual considera como la más verdadera⁵. En esta nueva obra están presentes de manera explícita las influencias de Platón y Moro. La *Ciudad del sol* muestra todavía más imitación de la *República* platónica que la *Utopía* de Moro. Las normas que Platón quiere aplicar a la vida de los guardianes de su ciudad ideal, Campanella las hace extensivas a todos los habitantes de la Ciudad del Sol. Toda la administración de la ciudad se rige por criterios científicos dentro de los parámetros de la época de Campanella, que considera a la filosofía como ciencia máxima y dentro de la filosofía a la metafísica como máxima disciplina. Por ello el supremo gobernante de la ciudad es un filósofo, más precisamente un metafísico, como corresponde a una obra inspirada por Platón, para hacer válida la sentencia de éste de que los hombres sólo serán felices cuando gobiernen los filósofos. La búsqueda de racionalidad en las sociedades humanas es también la búsqueda de la eliminación de los grandes males que hacen imposible la existencia de la ciudad sana. Buscar la ciudad sana supone así la liquidación de la ciudad enferma, la ciudad aquejada de males. Para ello es necesario localizar y eliminar la causa de esos males, la cual no es otra, tal como lo ha dicho antes Tomas Moro, que la propiedad privada. No solo es causa del desequilibrio entre ricos y pobres, de manera que los ricos lo son en demasía, y por ello son también despilfarradores, mientras los pobres son pobres en exceso, sino que es causa también de la condición de corrupción moral de la sociedad.

Al desaparecer la propiedad privada aparece la propiedad común. Lo primero que aparece como común son las obligaciones para el trabajo, pues todos los ciudadanos deben trabajar. Pero también es común el fruto del trabajo, el cual se reparte entre todos. Pues la Ciudad del Sol es una sociedad de trabajadores donde nadie puede disfrutar de nada de lo que pueda privarse a los demás, incluido el ocio, el cual se reparte también equitativamente. Por ser una sociedad de trabajadores donde el trabajo es científicamente planificado y ejecutado, es también una sociedad de la abundancia, donde a nadie le falta nada. Como la *Utopía* de Moro, la *Ciudad del Sol* es también una crítica de la sociedad de su tiempo. En ella se encuentran contrastados con la ciudad imaginaria o ideal los vicios de que padece la sociedad del tiempo de Campanella: «Entre los habitantes de la Ciudad del Sol no hay la fea costumbre de tener siervos, pues se bastan y sobran a sí mismos. Por desgracia no sucede lo mismo entre

⁵ Cf. Utopías del Renacimiento, p. 196.

nosotros»⁶. En cuanto a la posibilidad práctica de la *Ciudad del Sol*, Campanella está consciente, lo mismo que Moro y Platón, de que una realización es siempre una aproximación al modelo diseñado, y el mismo modelo es sólo un objetivo hacia el cual se tiende y que funciona como estímulo para alcanzar una sociedad mejor.

Tres años después de publicada la obra de Campanella, se publica la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon, científico y promotor de la observación directa de la naturaleza y del método experimental. Siguiendo el trazado de las dos anteriores utopías, un viajero encuentra por casualidad, en una expedición marítima, una ciudad sabiamente constituida que se convierte en modelo a seguir para la solución de todos los males de la humanidad. Esa sabia organización aparece como la contrapartida de lo que es la sociedad enferma constituida en la Europa de la época de Francis Bacon. Publicada tres años después de que lo fuera la utopía de Campanella y ciento once después de la de Moro, *La Nueva Atlántida* contiene el mismo nuevo espíritu científico que inspiró *La Ciudad del Sol* pero con las muy notables peculiaridades propias de uno de los más avanzados pensadores y científicos de su época, autor del *Novum Organon*, en el cual critica la lógica aristotélica y la ciencia escolástica fundada en ella. Este rasgo de la personalidad de Bacon, su interés por la investigación y el desarrollo de la ciencia experimental, se manifiesta muy notablemente en *La Nueva Atlántida*, al punto de que se convierte en una obra que, describiendo los logros científicos de la sociedad modélica, muestra una prospección de lo que pensaba el autor que llegaría a ser en el futuro una ciencia avanzada. Desde este punto de vista, resulta ser una obra de anticipación futurista, por lo que podría ser considerado Bacon como precursor del género literario de la ciencia ficción. En efecto su sociedad es presentada como poseedora de una ciencia y una tecnología todavía impensable en la Europa de su tiempo y aun siglos después. La sociedad descrita es ella misma un producto científico, y científica es la concepción de sus leyes y de su educación.

El título de la obra de Bacon remite al antiguo mito que nos ha llegado a través de Platón (*Timeo* 24 e-25 d) y que trata de una antigua civilización, anterior a la memoria de los griegos, por lo cual no existían recuerdos de ella en la época de Platón, quien habría recibido noticias por medio de un familiar a quien lo habían notificado sacerdotes egipcios. Esta civilización fue muy avanzada en todo sentido, tanto en el diseño de su ciudad como en los progresos

⁶ Utopías del Renacimiento. p. 166.

científicos y técnicos que habrían alcanzado. Desapareció para siempre como consecuencia de un gran terremoto.

3. El concepto de *socialismo*

A finales del siglo XVIII, y como consecuencia de la revolución francesa, especialmente en lo relativo a la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, las ideas de los utopistas del Renacimiento, las de Moro, Campanella y Bacon, encontraron eco en distintas doctrinas redentoristas que se proponían la mejoría de la condición humana, y especialmente las condiciones de vida de las masas trabajadoras. Esas doctrinas tuvieron durante todo el siglo XIX una gran difusión y se presentaron en un gran número y con grandes diferencias entre sí. Es sólo bien entrado el siglo XIX cuando podemos considerar que se llega a establecer una definición más o menos universalmente aceptada de “socialismo”, con la aparición de la doctrina socialista marxista y su amplia difusión.

No nos proponemos hacer aquí un estudio de estas teorías, sólo queremos referirnos a ellas para mostrar la proyección en el tiempo de las teorías utópicas del Renacimiento en estas nuevas doctrinas, incluida también la doctrina marxista. Lo primero que podemos constatar en ellas, aparte del propósito redentorista, son los distintos significados que las palabras *socialismo* y *socialista* reciben en cada caso, y que con frecuencia no son más que unas denominaciones externas, dadas por personas que no se identifican necesariamente con esos movimientos. Ambas palabras, *socialismo* y *socialista*, se forman con la palabra “social”, en contraste con la palabra “individual”, y se aplicaban, según Cole⁷, tanto a las personas que defendían doctrinas con tal designación, como a las doctrinas profesadas por ellas. “Socialistas” eran entonces en criterio de este autor «... los que oponiéndose a que se subrayaran de forma predominante las exigencias del individuo, hacían resaltar el elemento social en las relaciones humanas y trataban de poner en primer lugar ese aspecto en el gran debate acerca de los derechos del hombre que desencadenó en el mundo la revolución francesa y también la revolución simultánea en el campo económico»⁸. El elemento más notorio que lo vincula con las utopías renacentistas es la declaración de la preeminencia de lo social o colectivo sobre lo individual. La revolución francesa al promover el reconocimiento de los derechos del ciudadano obviamente resaltaba más los derechos individuales.

7 Cf. G. D. H. Cole Historia del pensamiento socialista, p. 10

8 *Ibidem*.

3.1. El socialismo utópico

Se limita nuestra inspección de los llamados socialismos utópicos a solamente tres de ellos. Una consideración más detallada de los numerosos programas que merecieron la denominación de socialistas ocuparía demasiado tiempo y espacio y nos llevaría demasiado lejos respecto de lo que nos hemos propuesto. Bastará hacer referencia a los tres autores que suelen ser identificados como los primeros precursores, y de quienes se derivarían todas las demás manifestaciones más o menos importantes. Entre los grupos originariamente llamados “socialistas” se destacan tres principalmente. Estos tres principales eran en Francia los saint-simonianos y los fourieristas, y en la gran Bretaña los owenianos, quienes en 1841 adoptan oficialmente el nombre de “socialistas”.

El primer grupo, los saint-simonianos, recibe su nombre de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), un noble imbuido de las ideas de la revolución francesa y amante de la libertad. A pesar de ser miembro de la nobleza, Saint-Simon estaba sinceramente preocupado por la suerte de las clases productoras, las cuales se encontraban injustamente sometidas a una clase ociosa, una clase de privilegiados que vivía de las rentas del Estado pero sin participación alguna en la producción de bienes. Las ideas fundamentales relativas a la transformación de la sociedad se encuentran en su obra *Catecismo político de los Industriales*, publicado por primera vez entre 1823 y 1824. En ella sostiene Saint-Simon que la clase de los industriales debe organizarse para asumir la dirección de la sociedad y garantizar el bienestar de esta clase, la más numerosa, acabando así con la dominación de los ociosos, es decir, de los nobles y los militares. Los “industriales” no son para Saint-Simon solamente los empresarios dueños de las industrias sino todos los productores de bienes y servicios en lo cual confluyen tanto los capitalistas como los obreros, los trabajadores del campo, artesanos, científicos, artistas y demás profesionales. La idea de una contradicción de intereses entre los obreros y sus patronos dista de estar presente en su *Catecismo*, según su propia definición de lo que es un industrial: «Un industrial —escribe Saint-Simon— es un hombre que trabaja en producir o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos; de esta forma, un cultivador que siembra trigo, que cría aves o animales domésticos, es un industrial; un aperador, un herrero, un cerrajero, un carpintero, son industriales; un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños de cachemiras, son industriales»⁹. Según Saint-Simon, hay

⁹ Saint-Simon, *Catecismo político de los Industriales*, p.37.

dos clases de épocas en la historia: las épocas críticas y las épocas orgánicas. Las épocas críticas son necesarias para eliminar las fosilizaciones sociales. El hombre es un ser activo en el acontecer histórico y logra en mayor o menor medida alteraciones en el medio social cuando la sociedad funciona según normas que ya no le corresponden, pues no todas las normas sociales son convenientes para toda época o toda agrupación humana, lo que puede ser beneficioso para una no necesariamente lo es para otra. La moderna sociedad industrial exigía una transformación en las estructuras del viejo régimen, y la estructura conveniente a esta nueva sociedad es la de una pirámide de clases comandada por los industriales productores.

El segundo grupo, los fourieristas, derivan su nombre de Charles Fourier (1772-1837), de quien se dice que era de origen humilde, de formación autodidacta, y vivía de empleos muy modestos. Su visión de la reforma social no pretende alcanzar el dominio del Estado sino la organización de pequeñas cooperativas de participación voluntaria, a las que les dio el nombre de “falansterios”. Los falansterios serían principalmente comunidades agrícolas tendientes a la producción con vistas a la satisfacción de las necesidades fundamentales de sus miembros. Su lucha se centra básicamente en todo lo que consideraba fraudulento y oprimente. Su reforma se orienta a liberar a los hombres de todas las fuerzas que los oprimen y les impide el desarrollo de sus humanas posibilidades y su personalidad. Uno de esos impedimentos lo ve en las condiciones del trabajo. Proponía entonces que el trabajo no fuese una dura necesidad sino un acto placentero, de manera que cada hombre debía realizar sólo el trabajo que le resultara satisfactorio. Los trabajos desagradables, que necesariamente están en toda organización social, corresponden a una fase de la edad de sus miembros, pues de ellos se ocuparían los más jóvenes. Las ideas de Fourier se encuentran plasmadas especialmente en su primer libro, publicado en 1808, *Teoría de los cuatro Movimientos y de los Destinos Generales*, un libro de amplio radio que pretendía ser una teoría filosófica que explicaría la totalidad de los problemas importantes del hombre y el universo, como puede leerse en el siguiente fragmento: «Desde el principio hasta el final de esta obra solicito la atención para una verdad insólita para los civilizados: que la Teoría de los cuatro movimientos, social, animal, orgánico y material constituye el único estudio que la razón debiera proponerse. Se trata del estudio del Sistema general de la Naturaleza, problema que Dios plantea a todos los Globos; y sus habitantes no podrán lograr la felicidad hasta que no lo hayan resuelto»¹⁰.

¹⁰ Fourier, Ch, p.15

El tercer grupo de socialistas utópicos, los owenianos, toman su nominación Robert Owen (1771-1858), quien nació en Newport Inglaterra. Procedía de una familia modesta pero se inició en la industria de textiles y desde su propia empresa promovió importantes beneficios a favor de sus propios trabajadores. Más tarde quiso que estas medidas se extendieran a todas las empresas, para lo cual impulsó la promulgación de leyes en defensa del derecho de los trabajadores. Owen tenía una concepción general acerca de la conducta humana que determinó la orientación de las reformas que propuso. Pensaba que para lograr una sociedad que funcionara racionalmente era necesario empezar por hacer en ella dos grandes cambios. En primer lugar, acabar con las creencias falsas acerca de la formación del carácter de los hombres; y en segundo lugar, abandonar la competencia sin limitaciones característica de las empresas industriales y que inducía a cada patrono a una conducta inhumana. En este sentido se propone convencer a esos patronos de que garantizar unas buenas condiciones de trabajo y remuneraciones apropiadas no era algo incompatible con la obtención de dividendos ventajosos para el capital invertido. Owen daba una enorme importancia a la educación, a la cual dedicó muchas páginas de reflexión, como instrumento para cambiar la calidad de la vida humana y mejorar las condiciones de trabajo. Esa educación sería dirigida a toda la sociedad, pues se trataba de la regeneración de toda ella, pero especialmente a la población en su sentido más extenso. Pensaba que se debían establecer, por ley, limitaciones en el rendimiento del capital, de tal manera que parte de las ganancias se dedicaran al bienestar de los trabajadores de manera colectiva. Las fábricas deberían ser reformadas para obtener mejores condiciones ambientales para los trabajadores. En principio, Owen se dedica a predicar la necesidad de reformas sociales y a tratar de ganar para sus ideas, más que a los propios trabajadores, principales beneficiarios de ellas, a los empresarios, en quienes quería estimular tendencias filantrópicas. Es más tarde, quizás por no encontrar entre los empresarios suficientes almas generosas, que empieza a promover la fundación de comunidades socialistas, primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos. Todas sin ningún éxito.

Saint Simon, Fourier y Robert Owen, a pesar de sus muchas diferencias, coincidían en tres puntos fundamentales¹¹: 1) consideraban la “cuestión social” como la más importante de todas, e insistían en promover la felicidad y el bienestar generales; 2) consideraban esta tarea incompatible con la continuación de cualquier orden social que se basara en una lucha de competencia entre los

¹¹ *Ibidem*.

hombres por obtener los medios de vida o que la fomentase; 3) desconfiaban de la “política” y de los políticos y creían que la dirección futura de los asuntos sociales deberían ejercerla principalmente no los parlamentos o los ministros, sino “los productores”¹². De tal manera, el concepto de socialismo con el cual eran identificados estos grupos se identifica con un concepto de socialismo de sentido muy lato que aún existe en nuestros días, y que podríamos llamar socialismo democrático, pero dista mucho del concepto predominante a nuestra manera de ver y que es derivado del concepto marxista. Lo que hoy llamamos socialismo democrático también se presenta en distintas versiones que no coinciden en un todo, sino en general, por su preocupación por los problemas sociales, lo mismo que sus precursores.

Estas nuevas doctrinas que con mayor o menor precisión caen bajo la denominación de *socialistas*, van a implantar en la historia del Derecho la idea de la existencia de derechos colectivos. No podemos desconocer, naturalmente, que desde muy remotos tiempos distintas agrupaciones de hombres, asociados para propósitos definidos, como los distintos gremios de artesanos, estaban sometidas a leyes que les afectaban como corporaciones. Pero la nueva idea de un derecho colectivo estaba referida al conjunto de la sociedad. El hombre, por ser un ente social, debe ser protegido en la misma medida en que debe ser protegida la sociedad a la cual pertenece. Naturalmente, la mirada de los socialistas se dirigía en primer término, dentro de la concepción de los derechos colectivos, a la situación de los menos favorecidos dentro del contexto social: los trabajadores y los más pobres. Es este otro aspecto que los emparenta con las utopías del Renacimiento, el ser además doctrinas de crítica de las injusticias derivadas de las relaciones sociales de un determinado momento histórico. Los socialistas dirigían su mirada a las lamentables condiciones de vida de las masas trabajadoras frente a la opulencia de los dueños de las nuevas empresas industriales y los restos de una antigua nobleza ociosa. Destacan así una inequidad en el reparto de los bienes producidos, pues quienes más participan en el esfuerzo productivo son quienes menos se benefician de los productos. Esa inequidad en el reparto de los bienes determina un estado de miseria que se aprecia en la imposibilidad de satisfacer completamente aun las necesidades más urgentes, como comida, vestido y techo, así como también el verse forzados a participar de distintas formas de delincuencia y mendicidad.

Un tercer elemento que permite caracterizar a estas nuevas corrientes es su posición ante el problema de la propiedad. Mientras las tres teorías utópicas

¹² *Ibíd.*, p. 11

del Renacimiento coincidían en identificar a la propiedad privada como la causa fundamental de todos los males sociales y consecuentemente recomendaban su eliminación para iniciar la tarea de reconstrucción social que habría de llevarnos hacia la sociedad feliz, ahora nos encontramos con proposiciones que también destacan la importancia de las relaciones de propiedad, pero que no exigen su supresión como condición necesaria para llegar a la justicia social. No es una sola la posición de las distintas corrientes socialistas respecto a la propiedad, pero podemos señalar que todas ellas señalan la necesidad de limitar la propiedad privada, gravándola con impuestos por ejemplo, o creando formas nuevas de propiedad, como distintas formas de asociaciones voluntarias cooperativas, que se mostrarían como propiedad colectiva. No se trata pues, en principio, de liquidar la propiedad privada, sino de reglamentarla a la vez que se crean instituciones de propiedad colectiva, las cuales por su intención cooperativa estaban orientadas hacia el logro de la participación de los trabajadores y los pobres en la eliminación de la propia miseria. Esto no excluiría una ulterior evolución de la sociedad en la total colectivización.

Esta posición en torno a la propiedad es una consecuencia del carácter de los nuevos tiempos. Toda teoría, toda concepción acerca de cualquier problema, se da necesariamente dentro de determinadas coordenadas históricas. Tal como ocurrió con las utopías del Renacimiento, que de alguna manera reflejaban las condiciones sociales, económicas y culturales de su momento, también las nuevas corrientes de redención social debían obedecer a su momento histórico y reflejar las mismas condiciones. Ellas nacen en el ambiente de exaltación de los sentimientos libertarios generados por la revolución francesa, por el creciente desarrollo industrial resultado de los avances tecnológicos aplicados al desarrollo de la máquina de vapor, logro, a su vez, de los avances en el conocimiento científico y, concurrentemente, de una nueva concepción del capital. La revolución francesa despertó en la mayoría de la gente la voluntad de participación política y de búsqueda de formas de organización de la ciudadanía en las decisiones que la afectaban. También los pobres y los trabajadores debían encontrar una participación en la actividad política en busca de sus derechos históricamente menoscabados, pero no fue ello el producto de una organización surgida de los mismos trabajadores sino de la voluntad filantrópica de unos reformadores. Estos reformadores no tenían necesariamente una actitud en contra del capital ni de los capitalistas, y en muchos casos pretendían la colaboración de estos para sus propósitos de justicia social. Por otra parte aspiraban a valerse de los logros científicos y tecnológicos para alcanzar una organización más racional de la sociedad. Pero a pesar de las muchas

coincidencias, no eran menos sus diferencias y desacuerdos en la práctica, de manera que el nombre de *socialistas*, con que fueron todos posteriormente conocidos, no podía aplicarse a todos en el mismo sentido, pues la palabra “socialista” se aplicaba a defensores de alguno de los muchos movimientos sociales que luchaban entre sí y que coincidían en la hostilidad contra el orden individualista prevaleciente en lo económico, y contra el predominio de las cuestiones políticas sobre las económicas y sociales¹³.

Pese al fracaso práctico de las proposiciones de los primeros socialistas, su influencia posterior fue muy grande. Sus teorías sirvieron de fundamento a las siguientes doctrinas políticas que asumieron la denominación de socialistas, especialmente las de los sedicentes socialistas científicos. Por sí mismos y también por intermedio de éstos influyeron en todas las leyes de protección laboral que se fueron elaborando en el curso del siglo XX. Fracasaron las prédicas y las comunas. Fueron agriamente criticados. En buena medida desprestigiados. Su desprestigio alcanzó al mismo concepto de *utopía*, adquiriendo un significado peyorativo, de mera fantasía, de propósito imposible, cuando no cosa de locos. A ello colaboró la vida más o menos extravagante de los utopistas. Fueron los marxistas los más efectivos en acentuar esa desvalorización: «Estos nuevos sistemas nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más detallados y minuciosos fueran, más tenían que degenerar en puras fantasías», decía Engels¹⁴; pero no los únicos ni los primeros, pues ya en 1839 el economista Jérôme Blanqui, en su *History of Political Economy*, los tildaba a todos de “socialistas utópicos”, nombre que adquiriría fama, y mala fama, al ser adoptado por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*.¹⁵

El socialismo científico

La actividad práctica de los que hemos llamado socialismos utópicos se realizó fundamentalmente como creación de formas de asociación con miras a la convivencia de grupos sociales que trataban de vivir bajo un régimen de colaboración para resolver las necesidades de la vida diaria, especialmente las relativas a la alimentación, la habitación y el vestido. Se organizaban fundamentalmente entonces como comunidades de producción. Ejemplo de ello son los *falansterios* de Fourier o las *asociaciones* de Owen. Pero los

¹³ Cf. Cole, *Ibid.* p. 10

¹⁴ Engels, p.126

¹⁵ Cole, p.12.

miembros de esas sociedades no buscaban una participación en la vida política del Estado en forma de sindicatos o partidos políticos. Sin embargo otros grupos se manifestaban con cada vez mayor fuerza por la búsqueda de esa participación. Tales fueron los comunistas que formaban parte de organizaciones de carácter obrero e internacional que en 1848 decidieron publicar un manifiesto donde quisieron exponer un credo nuevo y una guía de acción para la participación política. Ese manifiesto, que fue redactado por Carlos Marx y Federico Engels, fue titulado *Manifiesto Comunista* precisamente. Su premisa básica era que los obreros como clase social no podían depender para sus reivindicaciones de partidos que representaban intereses distintos a los intereses de los obreros y que estos debían organizarse, ellos mismos, como partido político para defender sus propios intereses de clase.

Al declarar la necesidad del carácter clasista del partido que había de defender los intereses del proletariado declaraban también una nueva concepción de la historia, que se basaba en la estructura de clases que según ellos aparecía en toda sociedad históricamente dada en donde se mostraba que los intereses de esas clases podrían ser irreconciliables, que las clases siempre, a través de la historia, se habían presentado en una lucha permanente: «Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de lucha de clases»¹⁶. Según eso, en todo momento de la historia se ha presentado ese conflicto que enfrenta a las clases en relación con la propiedad privada de los medios de producción, de tal manera que siempre encontramos a un grupo social propietario y otro que no lo es y que se ve obligado a vender lo único que posee, su fuerza de trabajo. El propietario se convierte así en explotador del trabajo ajeno, explotación siempre inicua, pues el trabajador siempre obtiene mucho menos de lo que ha aportado en la producción de los bienes. Así, en las sociedades esclavistas de la antigüedad encontramos enfrentados al esclavo y al propietario de esclavos; en la edad media, durante el régimen feudal, al siervo y al señor; y en nuestros días, en la época del capitalismo industrial y financiero, al burgués y al proletario. Esta aparición de la burguesía y el proletariado es la consecuencia necesaria de la desaparición del sistema feudal por obra de la revolución francesa y la revolución industrial, y se muestra como catalizadora y simplificadora de todos los enfrentamientos entre clases y entre hombres. «Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado».¹⁷

¹⁶ Marx, C, Engels, F, p. 72.

¹⁷ Ídem. p. 73.

Esa sucesión de sistemas en los cuales se manifiesta el antagonismo fundamental de dos clases hace manifiesto que ese antagonismo es la causa primera de las transformaciones históricas y que la historia tiene un sentido que la lleva a un momento en que ya no habría confrontaciones de ese tipo, pues la eliminación de la propiedad privada y su conversión en propiedad colectiva o social eliminaría el sometimiento y explotación económicas de una clase por otra. Ello sucederá cuando el proletariado, cumpliendo así su necesaria misión histórica, derribe la preeminencia de la burguesía sustituyéndola como clase dominante y construya la nueva sociedad socialista. En esta sociedad socialista se construirían las condiciones de abundancia de bienes materiales para la satisfacción de las necesidades de todos y ya no tendría sentido la existencia de clases. Sería entonces cuando el proletariado mismo dejaría de existir como clase, pasando así a una nueva y última etapa del desarrollo histórico, ya no fundado en la lucha de clases, en el cual todos seríamos iguales en obligaciones y posibilidades. Esta última etapa es el comunismo, especie de retorno, en condiciones de avanzado desarrollo tecnológico, a la edad dorada de Hesíodo, de la que nos habla en su obra *Los trabajos y los días*.

Esta tarea que ha de realizar el proletariado, de conquistar una sociedad carente de desigualdades y dispensadora de la felicidad por obra del desarrollo tecnológico que posibilitaría la existencia de una economía sobreabundante de bienes, le corresponde por una necesidad histórica. Esta tarea tiene que realizarse empezando por la construcción de los partidos proletarios de la misma manera que la burguesía construye sus propios partidos, es decir, partidos que, a pesar de enfrentarse entre ellos por cuestiones circunstanciales no están dispuestos a hacer desaparecer al sistema burgués en el que encuentran todo tipo de ventajas. Es cierto que estos partidos burgueses eventualmente se proponen el logro de ventajas y reivindicaciones para los trabajadores, pero éstas no son más que ligeras mejoras para mantener más ventajosamente el predominio de la burguesía. La idea revolucionaria promueve entonces la idea de partido de clase, de la clase de los proletarios, la cual no había sido considerada por los así llamados socialistas utópicos, quienes, según Marx y sus seguidores, pretendían, con instrumentos inapropiados, la liberación y regeneración de la humanidad. Rasgo común a los tres, dice Engels refiriéndose a Saint-Simon, Fourier y Owen, «es el no actuar como representantes de los intereses del proletariado, que entre tanto había surgido como un producto de la propia historia. Al igual que los ilustradores franceses, no se proponen emancipar primeramente a una clase determinada, sino, de golpe, a toda la humanidad. Y lo mismo que ellos, pretenden instaurar el reino de la razón y de la justicia

eterna»¹⁸. Desde esta perspectiva, los tres precursores, Saint-Simon, Fourier y Owen, no pasaban de ser más que personas bien intencionadas pero carentes de sentido práctico, pacifistas a ultranza, ignorantes de las leyes de la historia. Su actividad práctica no sería más que inútil filantropía sin ninguna trascendencia en el tiempo, ignorantes de las verdaderas fuerzas contenidas en el proletariado para lograr por sí mismo su propia liberación por medio de su participación política no tutelada por una clase distinta. Se les acusa de rechazar todo lo que sea acción política, y muy especialmente la acción revolucionaria: «quieren realizar sus acciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, les fallan siempre [...] Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses».¹⁹

Naturalmente, Marx y sus seguidores no ignoran los méritos de estos hombres que promovieron con personales sacrificios los cambios indispensables para mejorar las lamentables condiciones de vida de los trabajadores. Pero el reconocimiento de esos méritos no logra atenuar los sangrientos sarcasmos con que normalmente los zahieren. Con las constantes sátiras han logrado, rebajando a sus evidentes precursores, rebajar y desprestigiar a la vez al concepto mismo de *utopía* y a darle a este concepto el sentido peyorativo que lo acompaña, como puede verse en el siguiente fragmento de Engels: «Sentado esto, no tenemos por qué detenernos ni un momento más en este aspecto, incorporado ya definitivamente al pasado. Dejemos que los traperos literarios revuelvan solemnemente en estas fantasías, que hoy parecen mover a risa, para poner de relieve, sobre el fondo de ese “cúmulo de dislates” la superioridad de su razonamiento sereno».²⁰

4. La pretendida ‘cientificidad’ marxista

El juicio de los marxistas que los llevaba a denominar tan despectivamente a sus antecesores como “socialistas utópicos”, se fundamentaba en la propia convicción de que ellos habían formulado una teoría científica que permitía interpretar correctamente, por fin, los hechos históricos y sociales. Creían que la ciencia física y natural había avanzado suficientemente para desterrar

¹⁸ Engels, p. 123.

¹⁹ Marx, Carlos y Engels, Federico, p. 105.

²⁰ Engels, p. 126

de la ciencia en general todo tipo de concepciones fantásticas y religiosas, a las cuales condenaban despectivamente como *idealistas*. Partían pues de una confianza ilimitada en las posibilidades de la ciencia de su tiempo. Por otra parte, el propio Marx, partiendo de la crítica de los economistas clásicos, afirmaba haber descubierto las leyes fundamentales que supuestamente rigen la economía capitalista. Armados pues de estas convicciones, y aplicándolas al estudio de la sociedad y la historia, afirmaron haber creado la ciencia de las leyes que explicarían el comportamiento social y político de los hombres a través de todas las etapas de la historia universal. Llamaron a su nueva ciencia “materialismo histórico” o “interpretación materialista de la historia” y con ella determinaron la función histórica del proletariado como clase destinada a destruir el sistema capitalista, esencialmente injusto, y sustituirlo por una sociedad de justicia y libertad. El materialismo histórico vendría a ser, en palabras de Engels: la concepción de los derroteros de la historia universal que ve la causa final y la fuerza propulsora decisiva de todos los acontecimientos históricos importantes en el desarrollo económico de la sociedad, en las transformaciones del modo de producción y de cambio, en la consiguiente división de la sociedad en distintas clases y en las luchas de estas clases entre sí²¹.

La teoría marxista de la sociedad y la historia tiene a su vez como fundamento una concepción filosófica omniabarcante. Basados en la obra filosófica de Hegel, Marx y Engels pretendieron haber encontrado, no sólo las leyes que rigen los movimientos históricos, sino asimismo las leyes que rigen el movimiento de la materia y el movimiento del pensamiento. Estas leyes reciben en la terminología marxista la denominación de “leyes de la dialéctica” y estarían tomadas de la dialéctica hegeliana. Pero entre los marxistas la concepción hegeliana tomará un nuevo significado. A pesar de reconocerse como entroncados al pensamiento de Hegel, los marxistas censuran a éste su condición idealista la cual sustituyen por una concepción materialista, de donde resultaría el llamado “Materialismo Dialéctico”, nombre con el cual se conoce también la doctrina de Marx y Engels.

La dialéctica marxista, fundada en la dialéctica hegeliana, supone que en todo objeto, en todo hecho y en todo concepto se encuentran elementos contradictorios en pugna constante entre sí, es lo que denominan la “unidad y lucha de contrarios”. Esa contradicción se presenta como una relación entre una tesis y su correspondiente antítesis en la cual cada una de ellas trata de anular o eliminar a la otra. La contradicción sin embargo no se resuelve con

²¹ Engels, p. 107

la eliminación de un contrario por el otro sino con la aparición de un nuevo momento dialéctico, la síntesis, que resulta ser un nuevo objeto o hecho, el cual contiene partes de los dos elementos contradictorios originarios, pero es algo completamente distinto. Lo resultante es inmediatamente un nuevo elemento de una nueva relación contradictoria que ha de resolverse en una nueva síntesis. Un ejemplo de una contradicción dialéctica que se resuelve en una síntesis sería la que se encuentra en la pugna de intereses entre siervos y señores en el sistema feudal. Allí la contradicción no se resuelve con la desaparición de una de las clases, sino con una síntesis, la sociedad burguesa, en la cual aparece una nueva contradicción, la de burgueses y proletarios. Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo, afirma Engels, se vuelven ahora contra ella. «Y la burguesía no sólo forja las armas con que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios»²².

Siendo como es una teoría que refleja las condiciones de la cultura de su tiempo, el marxismo manifiesta el optimismo característico de una sociedad optimista que cree en una línea ascendente de progreso. Cada nuevo momento de la historia es un nuevo peldaño en el ascenso hacia un ser cada vez mejor. Pero la confianza está afinada sobremanera en la novísima ciencia que dicen haber inventado o descubierto. Así lo expresa Engels en su obra: «Sólo siguiendo la senda dialéctica, no perdiendo jamás de vista las innumerables acciones y reacciones del devenir y del perecer, de los cambios de avances y retrocesos, llegamos a una concepción exacta del Universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres».²³

La confianza en las afirmaciones del materialismo dialéctico se extiende al campo de la acción política del proletariado. La acción revolucionaria resultaría ser también una especie de ciencia aplicada. Puesto que el papel del proletariado en la transformación de la sociedad y la humanidad está determinado por las leyes de la historia, no tiene sentido ocultar lo que irremediamente va a ocurrir, pues ello determinará a su vez la elección consciente del camino acertado, a pesar de que ese camino tenga que ser el camino de la violencia, tal como concluye el último párrafo del *Manifiesto Comunista*: Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente

²² *Ibidem*, p. 79

²³ *Ibidem*, p. 137.

proclaman que sus objetivos sólo pueden lograrse derrocando por la violencia todo el orden social existente.²⁴

Las críticas del marxismo a los llamados por ellos socialistas utópicos se basan en la convicción de que éstos no trataban científicamente ni los aspectos teóricos de sus doctrinas ni los aspectos prácticos necesarios para llevarlas a cabo. Los socialistas utópicos tenían propósitos irrealizables pues ignoraban la naturaleza de las relaciones sociales, especialmente lo relativo a la lucha de clases y al carácter irreconciliable de sus diferencias, sin lo cual no podrían establecer objetivos razonablemente predecibles, ni conocían tampoco el papel fundamental que debía jugar el proletariado en la liberación de la humanidad. Los marxistas, por el contrario, habían encontrado la verdad irrefutable, los objetivos precisos y el instrumento adecuado, pues habrían superado las carencias de fundamentación científica propia de las utopías. De modo que la calificación de *utópicos* a los socialistas anteriores, por parte de Marx y Engels, devenía de su creencia «en la incompreensión por aquéllos de la naturaleza del antagonismo entre las clases y de lo irreconciliable entre sus intereses»²⁵.

La pretensión de *ciencia* que se atribuye el pensamiento marxista perdura aún en nuestros días, y son muchos los que basándose en ese pensamiento hacen investigaciones, especialmente en el campo de las ciencias sociales, de cuyo carácter rigurosamente científico no dudan en ningún momento. Pero es algo muy discutible. Hasta hace muy poco tiempo era hartamente frecuente, ahora lo es menos, oír hablar en esos medios de lógica dialéctica o de biología, física o química dialécticas. Sin embargo, al observar el panorama de la investigación científica actual y sus aplicaciones prácticas, se aprecia que el marxismo es sólo una de las muchas maneras de concebir el mundo que tienen iguales pretensiones. Su afirmación de que los antagonismos entre las clases son irreconciliables, podría, en general, suscribirse, pero como afirma Copleston, «admitir esa realidad tan evidente no obliga, sin embargo, a sacar la conclusión de que el marxismo sea científico en cuanto opuesto al socialismo utópico».²⁶ Pero hay algo de singular importancia en cuanto a la científicidad del marxismo, y que no requiere de demostración, como lo es *la violencia*, que surge de las fuerzas más oscuras y primitivas de la irracionalidad del hombre. La ciencia, en cambio, se alcanza mediante el conocimiento racional. De modo que, comparado con el socialismo utópico y las utopías del Renacimiento, el marxismo aparece y

²⁴ Op.cit. p. 108.

²⁵ Cf. Copleston, p. 82

²⁶ *Ibidem*, p. 66

luce como más fantástico, porque éste pretende alcanzar de plano, y por asalto, lo que sus predecesores proyectaban mediante procedimientos graduales, la observación de los hechos y la educación de la sociedad.

El así llamado “socialismo científico” tuvo su existencia práctica de la misma manera que los falansterios y otras asociaciones de los “socialistas utópicos”. La creación de repúblicas socialistas a principios del siglo XX hizo creer a muchos que finalmente se había realizado la búsqueda utopía que, gracias a la aplicación de métodos científicos a la administración social y al desarrollo de las fuerzas productivas, finalmente llevaría a la humanidad a la plena satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales. La desaparición de casi todos esos ensayos de repúblicas socialistas mostró cuán alejados estaban de la meta propuesta. Pero esos fracasos, como todo lo que tiene que ver con la experiencia, no indican nada acerca de la imposibilidad de una repetición exitosa. De hecho no son pocos quienes todavía promueven la revolución socialista científica, rectificando los errores cometidos, para alcanzar la elusiva felicidad humana. La búsqueda de la utopía parece formar parte de la condición humana.

Bibliografía

- Cole, George Douglas H. Historia del pensamiento socialista, F.C.E., T. I., México, 1957.
- Copleston, Frederick. Historia de la Filosofía, T. 9, Editorial Ariel S. A., Barcelona, 2000.
- Engels, Federico. Del socialismo utópico al socialismo científico. En Marx, C., F. Engels. Obras escogidas, T. III. Ediciones de Cultura Popular, S. A. 1974.
- Fourier, Charles. Teoría de los cuatro movimientos, Barral Editores S. A., Barcelona, 1974.
- Hesíodo, Teogonía, Los trabajos y los días, El escudo de Heracles, Editorial Porrúa, S. A., México 1976.
- Jaeger, Werner. Paideia, F.C.E. México 1962.
- Mannheim, Karl. Ideología y Utopía. Aguilar, Madrid, 1966.
- Marx, Carlos y Engels, Federico. Manifiesto del Partido Comunista. Talleres Litográficos de Avelar Hermanos Impresores, S. A., México, 1969.
- Marx, Carlos y Engels, Federico. Obras escogidas T. III. Ediciones de Cultura Popular, S. A., México, 1974.
- Moro, Campanella, Bacon, Utopías del Renacimiento, F.C.E., México, 1999.
- Orwell, George. “1984”, Editorial Guillermo Kraft limitada, Buenos Aires, 1955.
- Platón, Obras Completas. Traducción: Juan David, García Bacca. Imprenta universitaria de la Universidad Central de Venezuela, 1982.
- Popper, Karl., La sociedad abierta y sus enemigos. Ediciones Orbis, S. A., Barcelona, 1984.
- Saint-Simon, Catecismo Político de los Industriales. Ediciones Orbis, S. A., Barcelona, 1985.
- Wolf, J. Filosofía Política, una introducción. Editorial Ariel S. A., Barcelona, 2001.